

PORTUGAL CERCA Y LEJOS

Me pongo a escribir sobre Portugal cuando está empezando a abrir el último domingo de octubre. Para quien haya conocido el país contiguo más que en el mapa - inevitable cuando contemplamos el nuestro-, es fácil imaginar ahora el plateado albor sobre la vega donde el Mondego copia torres conimbricenses; la extenuada nostalgia de las viñas recién vendimiadas en Bombarral y en Amarante; la luz descubridora que desde la roca de Sagres avanza, como una quilla, por donde antaño fuera la mirada de don Enrique el Navegador...

Pero no quisiera dejarme –hoy- arrastrar por las aguas frescas, rumorosas del lirismo, tan difíciles de esquivar en cuanto uno asienta el pie o los recuerdos en el reino de la «saudade». (Abrid la radio o el tocadiscos y escuchad cualquier canción portuguesa: nada tardará en saltar la palabra.) En este domingo de otoño habrá acontecimientos en Portugal. ¿Cuáles? Uno tiene el derecho de contestarse -el vaticinio, por otra parte, no parece difícil en la ocasión-, pero más se inclina por la elegancia de admitir todas las posibilidades. A una alta autoridad del Gobierno de Lisboa le preguntaron su pronóstico sobre las elecciones, y no respondió con lo categórico del triunfalismo, sino que «ya se vería», que «quien tiene que decirlo es el pueblo». Bien; cuando estas palabras estén delante del lector, el lector estará cansado de saber. Es la pena, pero también la gloria del oficio. Si bien no mucho en esta ocasión, porque lo que yo puedo y quiero tratar sobre Portugal, aunque me apoye en la actualidad, es algo que me parece válido de todos modos, cualesquiera sean los diputados que salgan elegidos desde Chaves o Valencia do Minho hasta la desembocadura del Guadiana.

Portugal, cerca. Portugal, lejos. Yo he pensado muchas veces, y largamente, sobre el verdadero espesor de la medianería peninsular. Mi tierra no es colindante en rigor, sino algo así como semiesquina (aprovechando el término que usan los vendedores de pisos, a veces con notorio abuso). De niños mirábamos para los montes casi fronterizos y una nostalgia confusa nos envolvía al pensar en Lisboa, aquella ciudad que en el libro de Geografía se nos representaba igual de imposible, igual de distante, que Pekín. Un año, por las estas del Cristo, vino a nuestra ciudad la banda de Viana do Castelo. Decían los entendidos que jamás se oyera un golpe de platillos tan dominador, que nunca uniformes tan bizarros se habían visto. Algunos de los músicos eran niños, y entre niños nos carteamos después. Mi corresponsal se llamaba Casimiro

Pinto da Silva, «a o cargo de Rosa Justina da Costa», como consta en uno de esos compartimientos de la memoria que sin explicación alguna se hacen invulnerables. Lo que tampoco llegué a olvidar, pero esto ya tiene su por qué, es aquel primer sobre donde mi nombre se adornaba de «excelentísimo señor». Por otra parte, al hablar de algún suceso dramático donde un hombre tuviera que huir a lugar lejanísimo, solía hablarse de Portugal. No eran muchas leguas de camino, pero cambiaban los colores de la bandera y esto debía de importar mucho. Contaban que sólo con poner un pie allí, en el extranjero -ni siquiera había que poner los dos-, ya ni al más perseguido podían hacerle nada. En nuestros años malos Portugal era un paraíso, un reino de abundancia del que sigilosamente nos pasaban las sobras. Por tener tenían hasta bombillas -«Lumiar, a lâmpara portuguesa»-, cuando aquí era de reglamento restituir a la tienda el casquillo de la ya inservible. Y un tabaco rubísimo -el «Diana»- al precio abusivo de un duro, que empezó gastándose en Orense para ganar velozmente toda la ávida geografía fumadora de España.

Tiempo después llegó el momento del encuentro, que de tan insólito nos parecía mentira. (Y lo le encuentro ensancha su sentido porque la ocasión estuvo en un partido de fútbol.) España era entonces una isla a la que arribaban pocos correos y con retraso. De donde más sabíamos era de Buenos Aires, por el «Mundo Argentino». Por cierto, a todo se acostumbra uno. Ahora parece increíble, pero podemos olvidar que existe París, y seguir viviendo. Lo cierto es que salimos al mundo, aunque el mundo fuera una pequeña ciudad de provincia, «entre Minho e Douro».

Hubo allí tiempo y ocasión para las petulancias mutuas y los abrazos estrujadores, para los himnos y los denuestos. O sea... «la deportividad» A ratos valía decir que españoles y portugueses nos entendíamos a manera de hermanos, que suele ser, como bien se sabe, un estilo hondo, entrañable y amoroso de llevarse mal. Al final, que es lo que cuenta, nos quedaba a todos un buen sabor.

Pero recuerdo que ya en aquella primera experiencia tropezamos con algo impensado, sorprendente. Si nosotros por acercarnos, por afianza la amistad, negábamos las diferencias entre la manera de ser y de vivir españoles y portugueses, a nuestros anfitriones no les gustaba. Y si expresábamos nuestra seguridad de que su idioma lo comprendíamos bastante bien, ellos cerraban su prosodia, solemnizaban las eses y las nasales, tanto que realmente no había manera de entenderlo Parecía como si se defendieran de algo.

Han pasado bastantes años. No diré yo que Portugal sea para mí un pecho diáfano, pues ciertamente -y quizá por eso me gusta tanto- conserva una sombra de misterio que no guarda relación directa con la distancia geográfica. Pero sí he aprendido a quererlo más cuanto más respeto su individualidad, como pasa con la

persona compañera a quien se ama. Que sobre este principio -confirmatorio, no enemigo de la condición fraterna- se fomenten las idas y venidas, los lazos y los afectos, me parece de siempre una empresa hermosa, también una empresa útil. (Por cierto que lo digo, ya me doy cuenta, en uno de los periódicos más generosos con lo lusitano.)

Porque conocer a Portugal, lector amigo, es reconocer que un paseo por Oporto, el té de media tarde en las «salas de cha» de la plaza del Rocío, cenar -a las ocho- en restaurante de lujo o en «casa de pasto», adentrarse en el mundo de un novelista de allí... es diferente para nosotros. Como puede serlo Londres, o Copenhague.

¡Próximo y remoto Portugal!

Antonio PEREIRA